

# Amor y odio

## (Marcos 14.1-26)

Joe Schubert

---

En el capítulo catorce de Marcos se enfocan de modo paralelo dos eventos y dos temas, creándose entre éstos un marcado contraste. Al igual que un artista, Marcos traza dos pinceladas de realidad, de las cuales una trata sobre el amor y la otra sobre el odio. Él las mantiene una a la par de la otra, y las va entrelazando por todo el capítulo.

El odio de los principales sacerdotes a Jesús, es seguido de inmediato por el relato de la muestra de amor de María de Betania, cuando ésta unge la cabeza de Jesús con un precioso perfume. El creciente odio de Judas, que culmina con la entrega que él hace de Jesús, es seguido por el relato del amor de Éste a los apóstoles, como se muestra en la última cena. Amor y odio, odio y amor: ¡dos motivos paralelos que contrastan entre sí!

### I. EL ODIOS DE LOS PRINCIPALES SACERDOTES Y DE LOS ESCRIBAS (14.1-2)

Observamos primero el odio de los principales sacerdotes y de los maestros de la ley a Jesús. Esto es lo que dicen los versículos 1 y 2:

Dos días después era la pascua, y la fiesta de los panes sin levadura; y buscaban los principales sacerdotes y los escribas cómo prenderle por engaño y matarle. Y decían: No durante la fiesta para que no se haga alboroto del pueblo.

Estos principales sacerdotes estaban conscientes de que el tiempo para eliminar a Jesús se les estaba agotando. Sabían que tenían que actuar de inmediato, si es que algo iban a hacer. Los días de la festividad de la Pascua estaban cerca. El historiador judío del siglo I, Josefo, explica que la Pascua reunía hasta tres millones de personas en Jerusalén, procedentes de todos los rincones de la tierra. Los principales sacerdotes no deseaban

ejecutar públicamente a Jesús durante la semana de la Pascua debido a la popularidad que Él tenía entre la gente. Sabían que el arrestar a Jesús en el momento cumbre de la festividad podía fácilmente causar un disturbio. Marcos dice que sólo faltaban dos días para que la Pascua en realidad diera comienzo. De modo que era una apremiante sensación de urgencia lo que motivaba la amenaza de los principales sacerdotes y de los escribas. La anterior es siempre una característica del odio. El odio no puede esperar. Debe aprovechar la primera oportunidad que se le presente, para llevar a cabo su obra maligna. Los principales sacerdotes y maestros de la ley odiaban a Jesús porque la enseñanza y el estilo de vida de Él los condenaban a ellos. Se presentaban como hombres de Dios, pero Jesús continuamente les hizo ver cuán hipócritas eran en realidad. No se les ocurría otra manera de deshacerse de Jesús que no fuera matándolo.

### II. EL AMOR DE MARÍA (14.3-9)

Contrastando marcadamente con lo anterior, Marcos pasa ahora a relatarnos un suceso que tuvo lugar en Betania, en las afueras de Jerusalén. El dramatismo de este relato reside en el hecho de que se trata prácticamente del último acto de bondad que alguna vez se le hizo a Jesús. En el versículo 3, dice Marcos: «Pero estando él en Betania, en casa de Simón el leproso, y sentado a la mesa, vino una mujer...». Marcos no menciona quién es la mujer, pero el relato paralelo que se encuentra en el evangelio de Juan dice que se trataba de María, la hermana de Marta y de Lázaro, que eran amigos íntimos que Jesús tenía en Betania. En el relato se lee como sigue:

[...] Vino una mujer con un vaso de alabastro de perfume de nardo puro de mucho precio; y quebrando el vaso de alabastro, se lo derramó

sobre su cabeza. Y hubo algunos que se enojaron dentro de sí, y dijeron: ¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse dado a los pobres. Y murmuraban contra ella. Pero Jesús dijo: Dejadla, ¿por qué la molestáis? Buena obra me ha hecho. Siempre tendréis a los pobres con vosotros, y cuando queráis les podréis hacer bien; pero a mí no siempre me tendréis. Esta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura. De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella (vers.<sup>os</sup> 3-9).

Marcos dice que la reunión tuvo lugar en la casa de Simón el leproso. Esto es todo lo que sabemos acerca de Simón el leproso, pero podemos suponer que éste había sido anteriormente un leproso que fue sanado por Jesús y que todavía conservaba el nombre de Simón el leproso, para distinguirlo de otros Simones, ya que Simón era un nombre muy popular en la Palestina del siglo I. Lo más probable es que Simón el leproso dio esta comida en honor del Señor. Estaban allí Jesús, los apóstoles y algunos otros amigos, como María, Marta y probablemente Lázaro, que eran amigos de Él que vivían en la ciudad de Betania.

Trate de imaginarse lo que en realidad sucedió en esa ocasión. María entró lentamente en la habitación donde se encontraba Jesús. Sus ojos estaban fijos en las manos de ella, en las cuales sostenía un hermoso vaso de alabastro que estaba lleno de un precioso y caro perfume. Ella lo sostenía con tierno cuidado, dando a entender el valor y preciosidad del perfume. Caminó directamente hacia donde estaba Jesús y se arrodilló al lado de Él. Es probable que hubiera un momento de indecisión, y luego, llevada por una fuerza irresistible, ella quebró el estrecho cuello de la botella de alabastro y derramó todo el contenido del perfume sobre la cabeza de Jesús. El resto de los invitados observaron, atentos a los movimientos de ella. Hubo varias reacciones entre ellos. Algunos se llenaron de amoroso aprecio; a otros les asombró y les maravilló por completo; a otros les causó consternación. Judas se convirtió en el vocero de este último grupo. Su mal genio explotó por lo que consideraba que era una barbaridad y un acto de extravagancia. No pudo quedarse callado y cuando habló su voz sonó como disparos de ametralladora. Uno se pregunta qué fue lo que en realidad le movió a hablar cuando dijo: «¿Para qué se ha hecho este desperdicio de perfume? Porque podía haberse vendido por más de trescientos denarios, y haberse

dado a los pobres». De inmediato la atmósfera cambió y todo el grupo fue afectado, de modo que otros que estaban presentes empezaron a sentirse consternados y también clamaron: «Es cierto. ¿Por qué el desperdicio?».

Esta reacción era completamente característica de lo que sabemos acerca de Judas. Es probable que sólo le preocupara el desperdicio del dinero. Juan nos dice que era ladrón. Era el que fungía como tesorero de los apóstoles y ocupando este cargo fue que se convirtió en ladrón. Era bueno para manejar el dinero, pero no era honrado.

Siempre hay gente que le encanta tratar de asignarle valor monetario a todas las cosas. Son personas que parecen saber el precio de todo y el valor de nada. Jesús contó este relato en Marcos 14 para advertirnos cuán peligroso es adoptar tal actitud hacia la vida, y cuán erradamente podemos interpretar la vida cuando evaluamos el mundo en términos monetarios.

El Señor aprovechó este hermoso suceso y nos mostró el verdadero valor de él. Dijo cinco verdades acerca del acto de María, verdades que lo distinguieron como un acto sumamente valioso.

En primer lugar, dijo Jesús, «ella me ha hecho una hermosa obra». La hermosura de ésta reside en su extravagancia. María no economizó una gota del perfume. Quebró el cuello de la botella, de modo que ya no se podía volver a usar, y derramó la totalidad del contenido sobre la cabeza de Jesús. Era un perfume costoso. Judas, quien parecía tener por cerebro una computadora, calculó que el valor del perfume de la botella ascendía a la suma de trescientos denarios. La palabra *denario* es un vocablo griego. Hay versiones de la Biblia que no usan la expresión «trescientos denarios», sino que sencillamente mencionan que era el salario que un obrero ganaba en un año. En estos tiempos de inflación, lo anterior significaría que el valor de ese perfume se encontraría entre los quince mil y los veinte mil dólares estadounidenses. Cuando María lo derramó sobre Jesús, Judas dijo: «¡Qué gran desperdicio! Tiraste a la basura una exorbitante cantidad de dinero al derramar todo ese perfume sobre Jesús». Pero Jesús dijo: «Esto es hermoso. No retuvo absolutamente nada. Todo lo derramó sobre mí». Fue un acto de derroche, pero era derroche en el que había hermosura.

En segundo lugar, Jesús dijo que María había sido oportuna. «Hizo algo que sólo podía hacerse en este momento», dijo Él. «En cualquier momento que deseen hacer bien a los pobres, ustedes podrán hacerlo porque ellos siempre estarán por todo lado. Es bueno ayudar a los pobres. Pero hay

oportunidades en la vida que se deben aprovechar al instante, porque puede que nunca se vuelvan a presentar», continuó diciendo Jesús. María lo percibió. Sabía que debía aprovechar ese momento para hacer lo que sólo se podía hacer en ese instante. Fue por la sensibilidad de su corazón que ella pudo discernir que era el momento apropiado para hacerlo.

Hay oportunidades que se nos presentan una sola vez en la vida. Puede que sea una acción muy sencilla, como escribirle una carta a un amigo para decirle gracias, o el impulso de decirle «te amo» a alguien a quien amamos. La tragedia es que esta clase de impulsos casi siempre se frustran en el momento en que nacen. Este mundo sería más amable si más gente fuera como María, que actuó llevada por el impulso del amor, porque sabía en su corazón que si no lo hacía en ese instante, no lo haría después. Cuánto debió de haber animado a Jesús en Su corazón este extravagante, impulsivo y último acto de bondad.

En tercer lugar, María hizo lo que era factible. Dijo Jesús: «Ésta ha hecho lo que podía». No había otra cosa que podía haber hecho para demostrar su amor, de modo que hizo lo que podía. El Señor ha llamado nuestra atención a esta obra, porque es tan práctica para nosotros. Alguien dijo:

Sólo soy uno,  
pero soy uno.  
No puedo hacerlo todo,  
pero puedo hacer algo.  
Lo que puedo hacer,  
debo hacerlo.  
Lo que debo hacer,  
Con la ayuda de Dios haré.

Usted no puede alimentar a los pobres del mundo, pero puede alimentar a uno o a dos. Usted no puede levantar el ánimo de todo corazón solitario, pero puede hablar a uno o a dos. María hizo lo que pudo. Esto es todo lo que Dios pide de nosotros. Tal vez usted crea que vive una vida ordinaria, y que no tiene oportunidades para dar un verdadero servicio, pero sí las tiene. Usted puede hacer algo hoy esperando que Dios lo usará, trabajará en ello y lo multiplicará para producir grandes y formidables resultados.

La cuarta característica del acto de ella fue que anticipó algo especial. Dijo el Señor en el versículo 8: «Ésta ha hecho lo que podía; porque se ha anticipado a ungir mi cuerpo para la sepultura». Es interesante leer por todos los evangelios y notar las muchas veces que Jesús habló de que iba a morir. Una y otra vez dijo: «Voy camino a Mi muerte». Los apóstoles no le creían. Ni siquiera querían

oír que hablara de ello. Querían que esa idea desapareciera de sus mentes. ¡Nadie le creía, *excepto esta mujer!* Ella le creyó, e hizo lo que hizo para prepararlo para la muerte. Ella creía y entendía que Él estaba allí en ese momento para ese mismo propósito. Esta verdad la movió. Previendo que no iba a tener la oportunidad después, de encontrar Su cuerpo después de Su muerte, para ungirlo de conformidad con las costumbres judías, para la sepultura, ella lo hizo de antemano, «ella se anticipó», tal como Jesús lo dijo. Era la única oportunidad que tendría. Cuán consolador debió de haber sido esto para Jesús. De todos los amigos que le rodeaban en ese momento, sólo esta mujer tuvo la suficiente sensibilidad de corazón para entender lo que estaba sucediendo. Nada hay más consolador para nosotros que el que se nos entienda lo que estamos tratando de hacer. Nada hay más frustrante para nosotros que el que no se nos entienda lo que estamos tratando de hacer. Cuánto debió de haber ministrado María a Jesús por medio de este comprensivo acto.

Por último, la sexta verdad es que lo que ella hizo era memorable. Según el versículo 9, esto fue lo que dijo Jesús: «De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que ésta ha hecho, para memoria de ella». Hoy, dos mil años después, estamos cumpliendo estas mismas palabras cuando hablamos acerca del amoroso acto de María de Betania, acto que llevó a cabo cuando ungió la cabeza de nuestro Señor.

### III. EL ODIOS DE JUDAS (14.10-11)

Siendo consecuente con el diseño que se trazó, haciendo en seguida un contraste con el anterior relato de amor, Marcos pasa ahora al odio de Judas. Pone el relato del amoroso acto de María a la par del relato de la traición que llevó a cabo Judas. Un acto de generoso amor es seguido de un acto de terrible traición. Dice él en los versículos 10 y 11:

Entonces Judas Iscariote, uno de los doce, fue a los principales sacerdotes para entregárselo. Ellos, al oírlo, se alegraron, y prometieron darle dinero. Y Judas buscaba la oportunidad para entregarle.

Este es uno de los tramos más tristes de la historia de Judas Iscariote: el momento en que fue a los principales sacerdotes con la deliberada intención de traicionar a Jesús. Algunos eruditos bíblicos tratan de excusar a Judas y dicen que éste sólo estaba confundido. Dicen que Judas, al igual

que algunos de los demás apóstoles, todavía esperaba un reinado y un Mesías terrenales y que fue a los principales sacerdotes con la única intención de apresurar el calendario de Jesús y obligarlo a poner Su mano a trabajar en el establecimiento del reinado terrenal que Judas creía que estaba por venir. Pero esta explicación no concuerda con el texto. Marcos y los demás autores del evangelio dicen que Judas fue deliberadamente a los principales sacerdotes con la intención de traicionar a Jesús. Lo hizo por avaricia. Mateo nos dice que Judas fue a las autoridades, e incluso les pidió el precio que pagarían para hacer que Jesús fuera entregado en manos de ellos. Él regateó con ellos y arribó al precio de treinta piezas de plata. Juan nos dice que Judas era el tesorero del grupo apostólico y que tenía muy arraigado el hábito de robar del tesoro común. En la explicación que dan del comportamiento de Judas, tanto Juan como Lucas afirman que Judas hizo este acto porque el diablo entró en él. Por supuesto que, exactamente, así fue como al final sucedió.

#### IV. EL AMOR DE JESÚS EN LA ÚLTIMA CENA (14.12-26)

En contraste con lo anterior, Marcos entreteje ahora un hilo de amor. En este tramo él nos muestra el amor de Cristo cuando Éste entra en el aposento alto para participar de la Última Cena que tendría con Sus apóstoles. Esto es lo que leemos en los versículos 12 al 16:

El primer día de la fiesta de los panes sin levadura, cuando sacrificaban el cordero de la pascua, sus discípulos le dijeron: ¿Dónde quieres que vayamos a preparar para que comas la pascua? Y envió dos de sus discípulos, y les dijo: Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle, y donde entrare, decid al señor de la casa: El Maestro dice: ¿Dónde está el aposento donde he de comer la pascua con mis discípulos? Y él os mostrará un gran aposento alto ya dispuesto; preparad para nosotros allí. Fueron sus discípulos y entraron en la ciudad, y hallaron como les había dicho; y prepararon la pascua.

Del mismo modo que actuó cuando hizo preparativos para el asno que montó para entrar en Jerusalén anteriormente en esta última semana de Su vida, Jesús había hecho preparativos de antemano para la observancia de la Última Cena con Sus apóstoles. Los apóstoles deseaban saber dónde debían hacer preparativos. Jesús dijo: «Id a la ciudad, y os saldrá al encuentro un hombre que lleva un cántaro de agua; seguidle». Un hombre

que llevara un cántaro de agua era algo poco visto, pues el llevar una vasija de agua era trabajo de mujer. Un hombre que llevara un cántaro de agua hubiera llamado la atención en medio de cualquier multitud. Esta señal previamente convenida, sería fácilmente visible para los apóstoles. Ellos fueron a la ciudad y hallaron al hombre que llevaba el cántaro de agua y lo siguieron hasta su casa. Éste les mostró el aposento alto, y allí se hicieron preparativos para comer la Pascua.

Marcos continúa su relato contándonos lo que sucedió durante la Última Cena. Esto es lo que dice:

Y cuando llegó la noche, vino él con los doce. Y cuando se sentaron a la mesa, mientras comían, dijo Jesús: De cierto os digo que uno de vosotros, que come conmigo, me va a entregar. Entonces ellos comenzaron a entristecerse, y a decirle uno por uno: ¿Seré yo? Y el otro: ¿Seré yo? El, respondiendo, les dijo: Es uno de los doce, el que moja conmigo en el plato. A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él, mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado! Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido (vers.ºs 17-21).

Cuando Jesús les dijo a los apóstoles: «Uno de ustedes me entregará», ninguno de ellos señaló con dedo acusador a otro que estuviera en el grupo aquella noche. Más bien, cada uno de ellos hizo un examen introspectivo de su corazón y preguntó: «¿Seré yo?». Cada uno de ellos reconoció ese temor que todos hemos tenido a veces, de que haya algo malo dentro de nosotros, algo que se pueda desatar en cualquier momento y llevarnos a cometer algún horrible acto, algo que sabemos que tenemos la capacidad de hacer si las circunstancias se prestan. Esta fue la clase de desconfianza en sí mismos que reinó en los pensamientos de cada uno de los apóstoles cuando uno por uno se volvió a Jesús y le preguntó: «¿Seré yo?».

La respuesta de Jesús fue esta: «Es el que moja conmigo en el plato». Jesús le estaba diciendo dos verdades a Judas. Primero, le estaba haciendo un último llamado de amor. Le estaba diciendo: «Judas, sé lo que vas a hacer. ¿Ni aun en este último momento te detendrás?». Segundo, Jesús estaba haciendo una advertencia. Le estaba advirtiendo a Judas por una última vez de las consecuencias que vendrían por esta obra que él planeaba hacer en su corazón.

Pero Jesús no obliga a Judas a detenerse. No había duda alguna de que Jesús podía, por uno de muchos medios a Su disposición, haber impedido por la fuerza que Judas llevara a cabo sus planes.

No hay duda de ello en la mente de nadie. Sin embargo, Jesús respetó la propia voluntad de Judas. No lo obligaría a hacer lo que estuviera en contra de su propia voluntad humana. Del mismo modo se comporta con nosotros. Nuestro Dios nos ha dado libre albedrío. Su amor nos llama. Su verdad nos advierte. Pero no hay obligación, y al final somos los únicos responsables de nuestros propios pecados.

Juan nos dice que poco después de este evento Jesús le dijo a Judas en privado: «Lo que vas a hacer, hazlo más pronto». Pero antes de que Judas abandonara el grupo, Jesús les dijo a los apóstoles: «A la verdad el Hijo del Hombre va, según está escrito de él». Los profetas veterotestamentarios habían anunciado que Jesús sería traicionado por uno de los Suyos. Jesús estaba diciendo: «Esta profecía se está cumpliendo ahora». Añadió: «Mas ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del Hombre es entregado!». Este «ay» Suyo no se debe a que tal hombre no pudiera evitar lo que estaba haciendo. Judas podía haberlo evitado. Era su propia elección. Ay de él porque eligió hacer así.

Las palabras que siguen, de Jesús, constituyen la más solemne declaración que alguna vez salió de Sus labios. Dijo: «Bueno le fuera a ese hombre no haber nacido». Estas palabras son las más temerosas que alguna vez hayan salido de los labios de Jesús. ¿Dirá Dios eso de mí o de usted?

La última escena sucede. Dice Marcos:

Y mientras comían, Jesús tomó pan y bendijo, y lo partió y les dio, diciendo: Tomad, esto es mi cuerpo. Y tomando la copa, y habiendo dado gracias, les dio; y bebieron de ella todos. Y les dijo: Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada. De cierto os digo que no beberé más del fruto de la vid, hasta aquel día en que lo beba nuevo en el reino de Dios.

Cuando hubieron cantado el himno, salieron al monte de los Olivos (vers.<sup>os</sup> 22–26).

Del mismo modo que un amigo al irse pone en nuestras manos algún sencillo recuerdo y se contenta con pensar que cada vez que veamos ese objeto lo recordaremos a él, Jesús les dio una sencilla comida por la cual los discípulos habían de recordarlo. La comida de la Pascua que ellos estaban observando consistía en un cordero macho, de un año de edad y sin defecto, yerbas amargas, pan sin levadura y fruto de la vid. Jesús tomó estos dos sencillos elementos de esta comida: el pan sin levadura y el fruto de la vid, y les dio un profundo significado espiritual. Tomó el pan, lo partió y dijo: «Tomad, esto es mi cuerpo». Después tomó el fruto

de la vid y dijo: «Esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada». Les recordó que éste era, de hecho, el fin, y que no bebería más de este fruto de la vid, hasta que lo bebiera nuevo en el reino de Dios, la iglesia. De este modo sencillo, Jesús instituyó el memorial que hemos llegado a llamar la Cena del Señor. Cada vez que la iglesia se congrega para participar de la Cena del Señor, Jesús está presente con nosotros. Cuando partimos el pan y bebemos de la copa en memoria de Su cuerpo y de Su sangre, Él está presente. Por medio de esta cadena de eslabones semanales, la observancia de la Cena del Señor que hacen los cristianos enlazará la primera y la segunda venida del Señor.

Algunos años después, el apóstol Pablo reflexionó sobre esta noche en particular de la vida de Jesús y escribió lo siguiente a los corintios:

Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fue entregado, tomó pan; y habiendo dado gracias, lo partió, y dijo: Tomad, comed; esto es mi cuerpo que por vosotros es partido; haced esto en memoria de mí. Asimismo tomó también la copa, después de haber cenado, diciendo: Esta copa es el nuevo pacto en mi sangre; haced esto todas las veces que la bebiereis, en memoria de mí. Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga (1<sup>era</sup> Corintios 11.23–26).

Los cristianos que están alrededor del mundo continuarán semana a semana partiendo el pan y bebiendo de la copa hasta que el Señor venga otra vez. Por medio de esta sencilla cena del Señor nosotros proclamamos, a todos los que nos ven, que el Señor viene por segunda vez y que somos Su pueblo, que fuimos redimidos de nuestros pecados por Su sangre que ratificó el nuevo pacto, el nuevo acuerdo de nuestra nueva relación con Dios.

Rue Porter ha compuesto un himno que expresa algunos de los ricos significados de la Cena del Señor. Es un cántico que no cantamos a menudo; sin embargo, su letra es hermosa. Así reza su letra:

En este día del Señor nos congregamos,  
Alrededor de la mesa del Señor;  
Los corazones gozosos son estremecidos,  
Cuando oímos Su bendita palabra.

Recordamos su quebrantado cuerpo,  
Cuando vemos este pan;  
«Dad gracias, partidlo y comedlo,  
En memoria de Mí», dijo Él.

Y esta copa carmesí nos recuerda,  
La terrible escena de hace mucho tiempo;

Cuando Él murió lleno de dolor y de angustia,  
Allí Su sangre fue derramada.

Allí estando en agonía Él padeció,  
Sobre la cruz, por ti y por mí;  
Ahora, sobre el trono Él reina,  
Bendito cordero del Calvario.

Gracias a Dios por tal Salvador,  
Ahora entronizado en la morada celestial;  
Gracias por este exaltado favor,  
Bendito memorial de Su amor.

### CONCLUSIÓN

Jesús y Su amor constituyen el fundamento

sobre el cual descansan todas las cosas de nuestra religión. Jamás hubo hombre que amara más que Jesús, jamás hubo hombre que fuera odiado más que Él. Que fuera de amor o de odio la respuesta de hombres y mujeres a Él, dependía de lo que había en sus corazones. Lo mismo se puede decir de usted y de mí hoy día. Si el amor de Jesús toca alguna cuerda sensible de su corazón, usted querrá servirle con toda su vida. Si necesita venir a Él para ser bautizado en Jesús, estamos siempre prestos para ayudarle a hacerlo. Si es cristiano y necesita que oremos por usted, estamos ansiosos de hacerlo.

©Copyright 2003, 2006 por La Verdad para Hoy  
TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS